

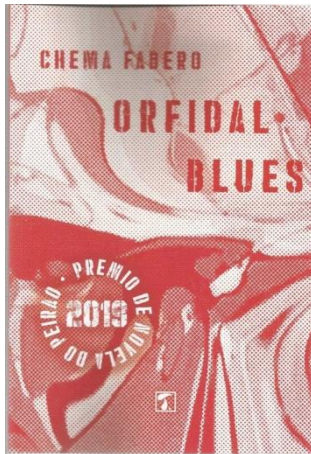
Libros y Nombres de Castilla-La Mancha

451 entrega

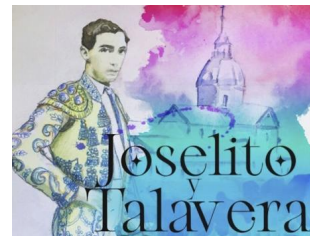
14 de noviembre de 2020



Navarro Ledesma



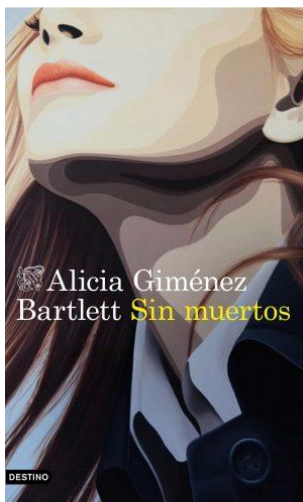
Chema Fabero



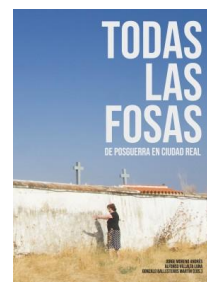
Joselito y Talavera



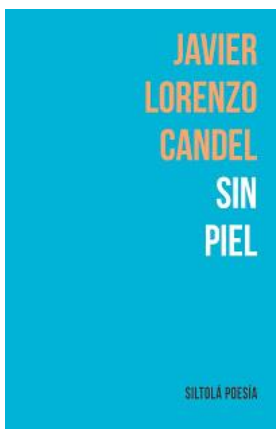
Baltasar Magro



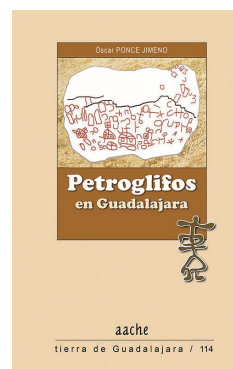
Alicia G. Bartlett



Fosas de Ciudad Real

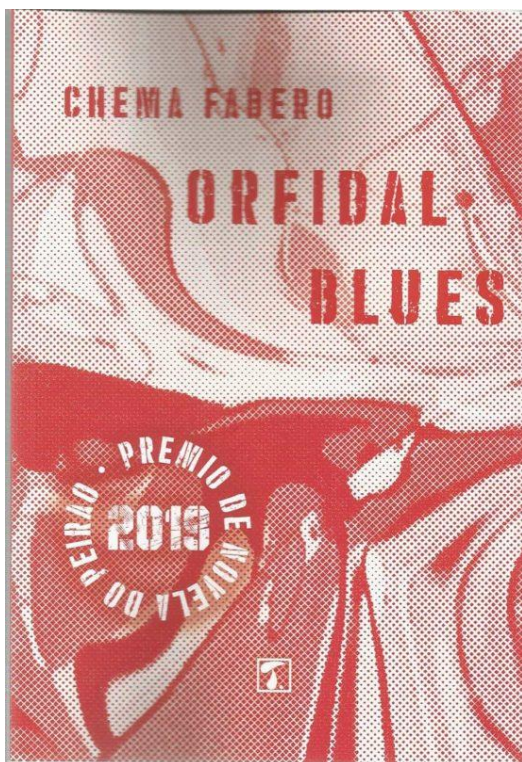


Javier Lorenzo



Guadalajara

Petroglifos en



Chema Fabero

Orfidal blues

Ed. Tandaia. Santiago de Compostela.
2020. 16 €

Prodigios

Todavía ocurren prodigios, amigo lector: se lo aseguro. El jueves pasado, cinco exactamente; estos: llovió toda la noche; al levantarme vi un buitre en el tejado del vecino, la primera lavandera en la calle; terminé luego la novela de Chema Fabero que había empezado la tarde anterior; y, tras la siesta, leí poemas de Moga, de Hierro y de Nieto de la Torre. Cuando ocurre un prodigio me asombro y lo agradezco como si aún creyera en la divina providencia; las raras veces que se acumulan tantos vacilo entre creer en la divina providencia o echarme una copa de Peinado 100 Años. El jueves opté por lo segundo.

Copa en mano, vine a lo obvio: unos prodigios lo son más que otros. Es prodigio, y lástima, que el buitre —descaminado, enfermo, peregrino— agonice en un tejado a la vista y ante la indiferencia del mundo; prodigios la lluvia, que regresen las lavanderas —enseguida, el colirrojo del patio—, y que los poetas escriban poemas buenos. Sin embargo —me dará usted la razón, lector amigo— el mayor prodigio es que por aquí haya una novela como Orfidal blues.

Aunque conozco y he alabado unas pocas y muy notables excepciones, la mayoría de las novelas de por aquí me resultan indigestas. No por malas —haylas—, sino porque —acaso inevitablemente: esto es arrabal del suburbio madrileño— nacen con un ramalazo epigonal y una sumisión a las modas excesivamente rebañados: ahora que remite el turbión de novelas históricas, llegan en diluvio las convencionales naderías de la España vaciada, los ajustes de cuentas familiares, o el heroico pugilato de buenos contra malos en la posguerra de nunca acabar. Novelas ejemplares de filiación meridiana.

Gracias a Dios, *Orfidal blues* no encaja ahí. Chema Fabero, —que ha practicado la información local en Puertollano, ha ejercido varios oficios teatrales y escrito obras de teatro, y ha publicado *Alma breve de los pájaros*, un libro, aproximadamente, de aforismos y otro de poemas— vive en Membrilla, periferia de la periferia. Disponía, pues, de las herramientas precisas para amasar algún engrudo de abnegados meloneros a la moda. Si le ha asaltado la tentación, no ha sucumbido; al contrario: en *Orfidal blues* narra una historia común y eterna —la de la vejez, la decrepitud, la añoranza, la soledad y sus neurosis, las ilusiones o los delirios del amor, su poso amargo—, en un marco

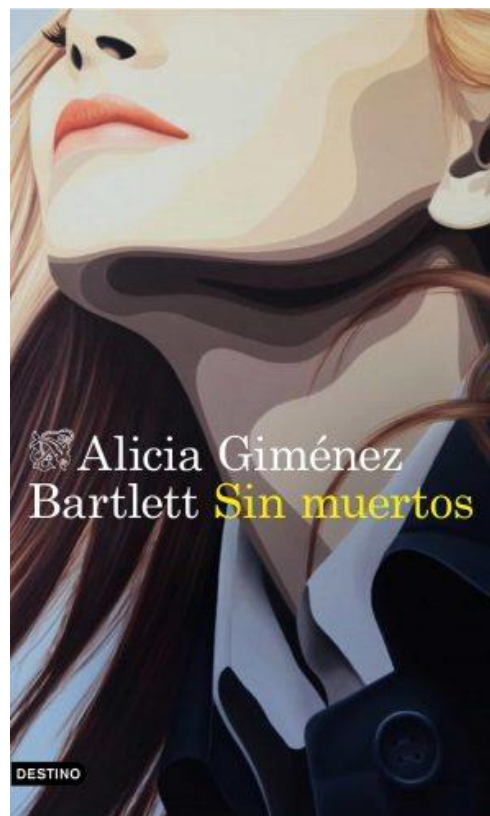
temporal definido vagamente —los amenes del siglo pasado—, y en un espacio —Madrid— que apenas es telón de fondo.

Nos sabemos la historia, dirá usted. Claro; lo que no sabrá hasta que la lea es la maestría con que está contada. Se trata de un diario, que abarca del 23 de noviembre —quizá de 1995— al 1 de enero, escrito por alguien que gozó de la celebridad y el éxito, pero que ahora, «a los setenta y cuatro años, casi setenta y cinco», no tiene más que el pasado y la gata Laura. Puesto que un diario puede verse también como un monólogo cuyo público se reduce —por lo pronto: muchos aspiran a más— al propio diarista, lo que Fabero —al fin y al cabo, hombre de teatro— nos ofrece es, en realidad, un monólogo teatral revestido de diario: el lenguaje, sinuoso, zigzagueante —pero propio y certero—, dúctil y culto —pero llano—, pautado de fórmulas que hacen de balizas o jalones; la información, dosificada con habilidad extrema: ya a borbotones, ya mediante la insinuación o el detalle nimio; la complicidad con el lector/espectador, buscada mediante coloquialismos, sobrentendidos, guiños o llamadas; el levísimo argumento, que se precipita —es un decir— a partir del 19 de diciembre y se tiñe —otro decir— de trama policial; el protagonista, de un patetismo risible y, no obstante, digno de comprensión y respeto; los personajes secundarios, incluyendo a Laura, perfectamente trazados; el escenario, o sea, la vivienda del protagonista, que comparte con él decrepitud y memoria... todo suena a teatro y al teatro cabría adaptarlo sin dificultad. Y todo, para resumir y volver al principio, es un verdadero prodigio literario —no solo de por aquí— que usted, lector amigo, debería probar. Si quiere.

¿Taras? Escasas y veniales: algún desliz tipográfico —recurrente, eso sí—, dos o tres errores de concordancia provocados, sin duda, por cambios de última hora, un mal entendido que debería ser malentendido... y la catástrofe —general e irremediable, me temo— de que los posesivos, invasores, hayan aniquilado a los artículos, autóctonos.

Y, por lo que me atañe, una observación pertinente. La dedicatoria del libro reza: «A don Pedro Torres, por supuesto». Por supuesto, no soy yo.

Pedro Torres en su blog [Beatus qui legit](http://Beatusqui.org) blogspot.com; 8-nov-2020



Alicia Giménez Bartlett

Sin muertos

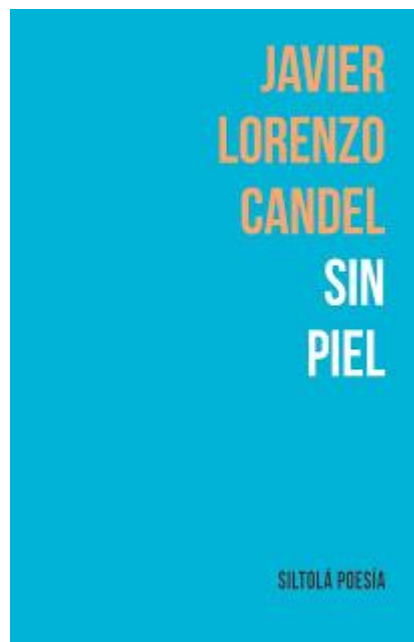
Ed. Destino, 2020

«Haber nacido en mi generación te imponía una serie de preceptos que asumías sin rebeldía posible. A caballo entre el pasado franquista y la modernidad, te tocaba apechugar con la moral católica más reaccionaria y sumarle la moral calvinista recién descubierta, para la que la pérdida de tiempo y de talentos era el peor pecado que se puede cometer.»

La inspectora de policía Petra Delicado decide tomarse una semana libre de un mes de marzo para recordar su pasado a fin de tomar las riendas del presente, y para ello se instala en la hostería de un convento de monjas gallego. Allí repasará su vida, desde la niña aplicada a la que expulsan de un colegio de monjas, pasando por la joven universitaria antifranquista que al casarse abandona la carrera, hasta que decide romper con todo y ser una de las primeras mujeres en ingresar en el cuerpo de Policía.

Petra Delicado convierte su propia vida en un caso irresistible donde el descubrimiento y la peripecia corren paralelas a una visión inclemente de la familia, las costumbres, la autoridad, el sexo y el amor.

Web editorial



JAVIER LORENZO CANDELL

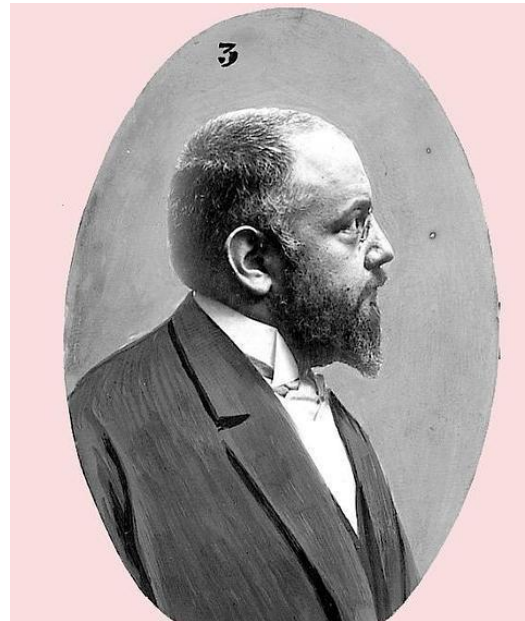
Sin piel

La isla de Siltolá, Sevilla, 2020

«Vivir acaso sea repetir las preguntas». El albaceteño Javier Lorenzo Candell (1967) nos ha ido asegurando a los amigos que se retiraba de la poesía con *Sin piel*, y los amigos cumplimos nuestra obligación de no creerle. Al fin y al cabo sabemos que Javier es más Javier en los poemas que en ningún otro sitio, que su poesía le ayuda a conocerse, que con los versos va creando y puliendo una identidad: «Tan solo puedo darte / un recuerdo de mí que no sean estas ruinas / donde apoyo mi cuerpo, / una presencia en el centro de todo lo que escribo». El interlocutor no es Javier, pero es Javier. Como en sus últimos poemarios, *Apártate del sol* (2018), *Manual para resistentes* (2014), *Territorio frontera* (2012), la realidad que le circunda sirve como punto de partida, pero le resulta insuficiente. Hay siempre una carencia, una insatisfacción, un repetir las preguntas, un solicitar ayuda: «trae contigo una vida y déjala caer / sobre lo

que me falta». Y lo que le falta, sea lo que fuere, está en el mar. Todos los caminos de la poesía de Lorenzo conducen hacia el mar, que es el territorio de su infancia. Nos pasa mucho a los poetas de secano. Pero en su caso, el mar es más que un símbolo. El mar sigue flotando en su memoria igual que el manco sigue sintiendo que le duele o le pica el brazo que perdió: «Hace un tiempo que el mar / dejaba su sonido dentro de mi atención / y, con palabras, me invitaba a su fiesta. / Entendía su modo en que, súbitamente, me impelía al diálogo, / a una acción y un mensaje / que iban de su rumor / a mi incapacidad de descifrarlos...». La primera de las pérdidas del niño, la más dolorosa, es la magia, escribió Nietzsche. Para Javier Lorenzo, esa pérdida es el mar, que sigue doliendo incomprensible como el naufragio de una vida anterior: «¿En qué infancia vivirme / para apagar el eco de la infancia?». De ahí su empeño en regresar, quemado por el sol, dejándose la piel. Aunque escuezan «las olas, tercos / latigazos del mar comprometidos / con derribar las costas», Lorenzo vuelve en soledad a sentirse «una parte vital de este paisaje».

Arturo Tendero en su blog: El mundanal ruido 9 nov 2020



Navarro Ledesma: *Los nidos de antaño*

Formó parte de la redacción inicial de dos publicaciones señeras, Blanco y Negro y ABC

Los toledanos somos seres tan orgullosos de nuestra ciudad como desconocedores de nuestro patrimonio material e intelectual, que para defensa y desahogo nuestro se nos revela y se nos rebela a todas luces ingente.

Posiblemente el hecho de vivir en un lugar donde el peso del pasado es tan abrumador, nos hace vanagloriarnos de las tapas heráldicas del libro de nuestra Historia sin profundizar en demasía en el contenido del volumen.

Hace unos días se presentó en Toledo el libro de Francisco Navarro Ledesma *Los nidos de antaño*, que recoge 20 cuentos del autor toledano, con estudio crítico y notas de Mariano Martín Rodríguez, dentro de la colección Biblioteca de Autores

Toledanos de la editorial Ledoria. Gracias por rescatar esos libros de antaño con estos estudios de hogaño.

La erudición y la amenidad del estudio hacen que el ejemplar se paladee con especial gusto, a lo que sin duda contribuye las tablas de Mariano Martín (toledano errante y filólogo románico radicado en Bruselas, donde trabaja como traductor en la Comisión Europea), su dominio de hasta nueve lenguas y el haber visitado setenta países.

Francisco Navarro Ledesma murió joven, a los 36 años, fue presidente de la sección literaria del Ateneo de Madrid, autor de una biografía canónica de Miguel de Cervantes (*El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*) que aún hoy es considerada si no la mejor, sí una de las más influyentes biografías de nuestro escritor más universal. De hecho, Ortega y Gasset consultaba a Navarro Ledesma y tenía su libro como cabecera la redacción de las «Meditaciones del Quijote». Navarro Ledesma también fue amigo íntimo del regeneracionista Ganivet, quien le confió su voluntad íntima y última de quitarse la vida, de Menéndez Pelayo, Azorín y del propio Galdós.

Archivero y profesor de literatura, director un tiempo del Museo Arqueológico de Toledo, sirvió de ilustre guía a numerosos intelectuales, entre ellos grecófilos como Barrés, que pasaron por la ciudad abriendo Toledo a un turismo cultural de élite del que aún nos rentamos. Alimentó el alma y las localizaciones para libros como el *Ángel Guerra* de Galdós o los artículos de Toledo de Azorín. Galdós siempre fue un escritor que se documentaba muchísimo para sus

novelas y tuvo en Navarro Ledesma un generoso informador al que interrogaba constantemente.

Polemista y de espíritu ingobernable, a veces cruel e injusto desde su atalaya de crítico poderoso y de anónimo hiriente desde su demoledora sección literaria «el papel más vale» de *Gedeón*, acumula en su deber el haber rebautizado a la Pardo Bazán como Pardo Bacín; soltarle una sonora bofetada a su enemigo íntimo Leopoldo Alas Clarín, tras una conferencia dictada en el Ateneo que no debió de gustarle mucho, sin duda a vueltas con las chanzas mordaces que se traían y llevaban en las publicaciones satíricas de *Gedeón* y *Madrid Cómico*, que regentaban el uno y el otro y usaban para despiezar escritos y escritores sin piedad; y hasta enzarzarse en artículos cruzados con un Valle Inclán que le tildaba de joven antiguo por su desdén con los modernistas y los nuevos aires de la literatura que capitaneaban el propio Valle y Juan Ramón Jiménez

Navarro Ledesma fue ante todo colaborador en medios de prensa escrita (le confesaba a Galdós en una de sus múltiples cartas que «escribía hasta cuatro o cinco estupideces diarias...») en un momento clave de la historia del periodismo escrito en España. Formó parte de la redacción inicial de dos publicaciones señeras como fueron, y son, Blanco y Negro y ABC.

Una placa de mármol, instalada en 1906, pocos meses después de su muerte, recuerda su memoria en Toledo. Muchos toledanos la tenemos en mente porque está manchada de pintura roja, como señaló certeramente Mariano Calvo, fruto de la puntería y agudeza

vandálica e intelectual de un progre despistado que debió confundirle con el del fundador de las JONS, Ramiro Ledesma Ramos.

Por iniciativa del Ateneo Científico y Literario de Madrid, también en 1906 se le dedicó una placa el capital de España, con la asistencia del Ministro de Instrucción Pública, el alcalde de Madrid, entonces Alberto Aguilera, los directores de «El Liberal» y «El Heraldo de Madrid», además de escritores como Vicente Blasco Ibáñez y José Ortega y Gasset. Don Torcuato Luca de Tena, entonces director del diario ABC, envió al acto una gran corona de flores que fue colocada sobre la lápida, una vez descubierta ésta por el ministro.

El libro de Francisco Navarro se divide en un tipología de cuentos (ficciones) que van desde los cuentos quijotescos de un Sancho que se hace con las armas de su finado señor y de una Marcela en la que pugnan razón y amor más allá de la muerte de Crisóstomo; hasta diálogos de ultratumba entre Dante, Virgilio o el propio Hegel con su lapidaria frase: « La muerte es el último resorte de la vida» y su magistral cuento la *Ciudad Eterna* en la que recrea la ciudad de Azanatopolis, la ciudad donde no se muere...; pasando por alegorías animales con pueblos adoradores loros disecados; parábolas históricas sobre el primer amor humano de la Historia o sobre el juez implacable de los apologetas; recreaciones del pasado, entre ellas del Toledo del siglo XVI y de sus pícaros que se alimentan por y de la gracia de Dios; relatos costumbristas y de guiño regeneracionista y hasta cuentos futuristas.

Una escritura con ecos de Lope, de Cervantes, anticipaciones a Borges, patinas simbolistas a lo Schwob... erudición, sorpresas, cultismos, adjetivos acerados, sentencias ampulosas y amplificadas... pero sobre todo disfrute por una literatura en la que cada palabra importa, en la que se afila la forma sin renunciar al fondo; del placer de contar, con estilo y con ironía.

Una literatura que ya apenas se estila y a la que es conveniente retornar de vez en cuando para saber de dónde venimos, para saber adónde no vamos.

Dos días antes de producirse la muerte de Ganivet, este entregó un escrito suyo a una persona de su confianza para que esta lo hiciese llegar a Francisco Navarro Ledesma. El escrito comienza así: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes». Cuando en el mes de noviembre de 1903 se celebra en el Ateneo de Madrid un acto de recuerdo y homenaje a Ganivet, intervienen en él Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, José Martínez Ruiz (no firma todavía Azorín) y Francisco Navarro Ledesma. Navarro Ledesma: un talento malogrado.

Azorín fue el periodista que el 1 de junio de 1905, en el primer número del ABC diario, informaba del atentado sufrido por Alfonso XIII en París, y lo hacía mediante una crónica telefónica, la primera en la historia del periodismo español. Desde la primera redacción de ABC diario compuesta por 18 periodistas, entre los que destacaban: Luís Gabaldón, «Floridor» (crítica teatral); Manuel Troyano (cronista político); José

Martínez Ruiz, «Azorín» (Impresiones parlamentarias; Francisco Navarro Ledesma, (temas literarios y editoriales); Antonio Palomero, «Gil Parrado»; Manuel Tercero, (crónica de tribunales) y José Trabado, «Don Silverio» (crítica taurina).

CARLOS RODRIGO ABC Toledo:
6/11/2020



César Pacheco: «Joselito era lo que hoy es una estrella del fútbol o del rock»

El historiador ha coordinado el libro «Joselito y Talavera. Cien años (1920-2020)», en el que se abordan variados temas alrededor del triste suceso

El 16 de mayo de 1920, cuando «Bailaor» corneó fatalmente a José Gómez Ortega «Joselito El Gallo» en Talavera de la Reina, muchos españoles situaron por primera vez en el mapa a la ciudad de la cerámica. «Se convirtió en un lugar de referencia en el ámbito taurino y empezó a venir muchísima

gente a visitar el sitio en el que había muerto Joselito», reconoce el historiador César Pacheco, coordinador del libro «*Joselito y Talavera. Cien años (1920-2020)*», el que diversos autores aportan su trabajo y que ha sido editado por el Colectivo Arrabal con la colaboración del Ayuntamiento.

Se trata de un completo estudio multidisciplinar en el que se abordan variados temas alrededor del triste suceso. Por ejemplo, la historia de la tauromaquia en Talavera, la de la propia plaza de «La Caprichosa», las circunstancias médicas que rodearon la cogida y, por supuesto, la figura de Joselito como héroe y mito o la memoria del torero en la producción literaria local. «El Colectivo Arrabal es una asociación de investigadores que llevamos más de 20 años publicando trabajos relacionados con el patrimonio cultural de Talavera y su comarca. No podíamos dejar pasar una efeméride como esta y abordarla desde diferentes ópticas», explica Pacheco.

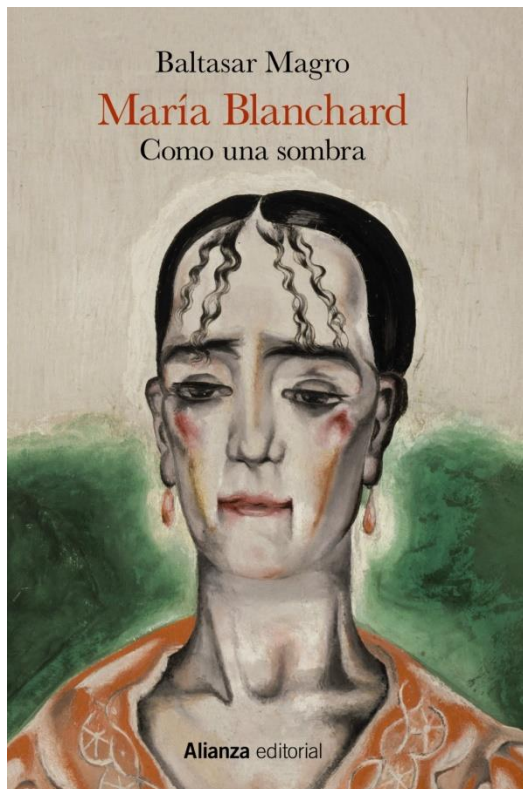
Hace un siglo Talavera, aunque ya el rey Alfonso XII le había concedido el título de ciudad, era lo que se dice «un pueblo grande. Vivía de la economía agropecuaria, con la promoción de sus ferias y mercados de ganado. También del comercio y de una industria más o menos reducida, pero suficiente para atender la demanda de una comarca amplia y extensa», afirma el historiador. En ese contexto Joselito «venía a ser lo que hoy es una estrella del fútbol o del rock, una persona con un poder mediático impresionante. España estaba dividida entre los partidarios de Joselito y los de Belmonte, y la tauromaquia era la actividad de ocio preferida», añade.

Por tanto, se puede entender la tremenda conmoción que supuso este acontecimiento y «cómo Joselito se convierte en un elemento de construcción de identidad local». «La muerte siempre genera un halo de

cierto misterio. En el libro hemos hecho aportaciones más concretas de asuntos que quedaban poco hilvanados. Por ejemplo, hay un análisis bastante interesante sobre los malentendidos y las falsas acusaciones que en su momento se vertieron contra el personal médico de la plaza», finaliza Pacheco.

Por otro lado, este no es el único libro que se va a publicar sobre Joselito y Talavera. Álvaro Muñoz y Antonio San Miguel han escrito *La herida cóncava*, en el que también ha colaborado el Ayuntamiento y cuya presentación ha sido aplazada sine die por el coronavirus.

Juan Antonio Pérez ABC Toledo
9/11/2020 1



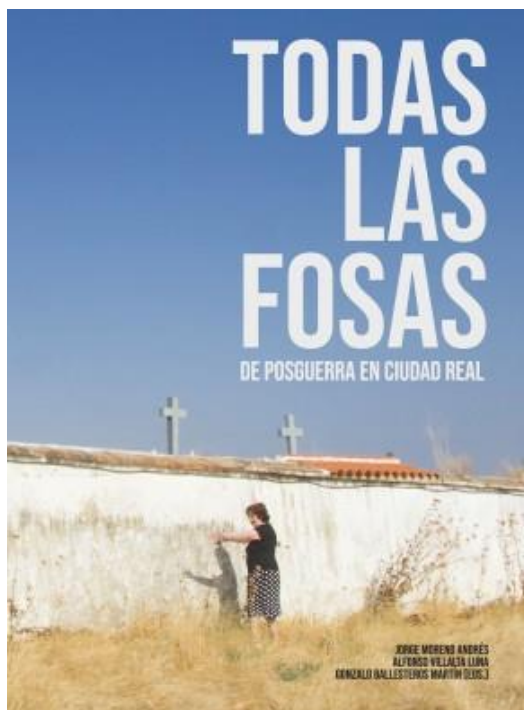
Baltasar Magro

**María Blanchard. Como una
sombra**

Alianza Ed. 2020

Un rico cliente llama a la puerta de la pintora más misteriosa de París, una española con aspecto de niña pequeña que vive encerrada en su estudio que sólo abandona al atardecer para pasear oculta entre las sombras. El comprador desea que la pintora reproduzca un retrato que hizo de su madre mucho tiempo atrás y que es uno de los recuerdos más queridos de su infancia. Ella se niega terminantemente, no piensa perder su tiempo con ruinas del pasado... El París de la bohemia de principios del siglo XX reunió a un inmenso ejército de ilustres artistas, novelistas, poetas, músicos y pintores que revolucionaron el mundo del arte. Uno de estos genios fue una mujer: María Blanchard, pintora cubista, amiga íntima de Picasso, Juan Gris y Diego Rivera que, como una sombra, pasó casi desapercibida pese a su innegable originalidad y a la huella indeleble que dejó en las vanguardias artísticas. A través de un relato conmovedor, cargado de intriga y emoción, que conjuga elementos reales con otros de ficción, "María Blanchard: como una sombra" recrea el rastro humano y la labor artística de esta singular pintora, reconstruyendo su singular visión de la pintura, como forma de retiro espiritual, y ofreciendo detalles de una humanidad desbordante que le hizo acercarse a los parias de la sociedad, mendigos, prostitutas, pobres y tullidos, a quienes abría las puertas de su casa, alimentaba, daba cobijo y retrataba con sensibilidad y respeto.

Web de Marcial Pons



Jorge Moreno Andrés, Alfonso Villalta Luna y Gonzalo Ballesteros Martín (coords.)

Todas las fosas de postguerra en Ciudad Real

Ed. IV Centenario, Toledo, 2020

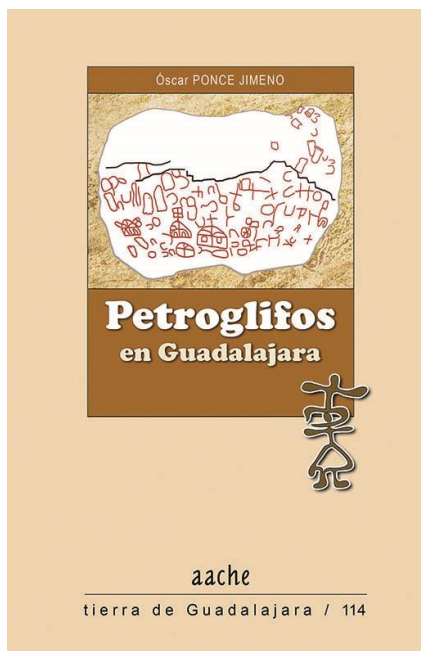
Este libro viaja por los lugares más apartados de la región para encontrar allí la evidencia última de los asesinatos cometidos por el franquismo en Ciudad Real. Se busca con ello situar en el mapa zonas que han permanecido distantes o desaparecidas, pero también cartografiar el daño y el sufrimiento de familias que se pasaron media vida buscando a sus seres queridos. Para llevar a cabo esta investigación ha sido necesario sumergirse en archivos, rescatar

testimonios y hacer trabajo de campo en las zonas donde pudieran estar sepultadas las víctimas de la violencia de posguerra. El resultado es un libro que muestra la historia social de las fosas: los lugares y los años donde se hicieron, las personas allí enterradas, los intentos de las familias por encontrarlas, por dignificarlas en medio de la humillación, los rituales secretos, la esperanza de los años setenta... la espera constante. Quizás sea una fosa el lugar más elocuente desde donde entender nuestro pasado más reciente.

Web de Marcial Pons

"Este libro pretende cartografiar el dolor y el daño de 3.457 personas que se encuentran enterradas en 53 fosas de la provincia de Ciudad Real", ha explicado Jorge Moreno Andrés, director del proyecto 'Mapas de Memoria' que ha presentado su último libro, 'Todas las fosas de la posguerra en Ciudad Real' en un importante acto celebrado en el Salón de Actos de la Diputación de Ciudad Real. "Quizás uno de los más relevantes que han tenido lugar en el Palacio Provincial", recalcan desde la Institución provincial que ha apoyado durante esta y la pasada legislatura el proyecto. Además, han recordado el acto celebrado en enero de 2018, cuando se celebró la primera conmemoración institucional en memoria y recuerdo de los vecinos y vecinas de la provincia represaliados por el régimen franquista.

Gabinete de prensa Diputación de Ciudad Real



Oscar Ponce Jimeno:

Petroglifos en Guadalajara

Aache Ediciones. Guadalajara, 2020.
Colección "Tierra de Guadalajara" nº 114.
126 páginas, muchas ilustraciones. ISBN
978-84-18131-22-6. PVP.: 12 €.

El libro de Ponce es muy buen trabajo de análisis y reflexión en torno a la religión primitiva y a la evolución de las creencias. Pero su valor fundamental es lo que supone de "catálogo" de yacimientos / lugares donde podemos contemplar esos grupos petroglifos. En ese sentido, cuatro fundamentales hay en la provincia que aquí son analizados en detalle, con muchas fotografías, dibujos y planos para acceder: Miedes de Atienza, Canales de Molina, Rillo de Gallo y Membrillera. Lugares sin duda poblados y utilizados como centros sociales y religiosos en el Neolítico y Edades del Bronce y del Hierro. Imágenes impactantes de símbolos

solares, humanos y de observaciones astronómicas.

El autor, Óscar Ponce Jimeno, (Madrid, 1988) es un gran aficionado a la historia y a la investigación arqueológica. Oriundo de Miedes de Atienza, vive en Guadalajara desde su primera infancia. Es socio de Amigos del Museo de Guadalajara, y ha desarrollado su trabajo en dos ámbitos complementarios: de Podría decirse que este libro ofrece una nueva perspectiva del patrimonio monumental de Guadalajara, con otra visión de nuestro acervo histórico y cultural, cuando ya parecía imposible encontrarle nuevos ángulos a este tema. Esto es posible gracias al trabajo del escritor Óscar Ponce Jimeno, quien durante los últimos años se ha dedicado a recorrer algunos lugares, recónditos y cargados de significado, extrayendo conclusiones que nos sorprenden por su ingeniosidad, y por la noticia que da de algunos verdaderos "santuarios" de la expresividad humana.

Los petroglifos son dibujos tallados sobre la piedra, sobre las rocas. En lugares que hace miles de años tenían un sentido ritual, social y simbólico para los grupos de personas que en torno a ellos habitaban. Perdidas hoy las referencias habitacionales, huérfanos de cualquier basamenta documental sobre ellos, lo único que queda de antiguos grupos tribales celtibéricos son las expresiones gráficas que nos llegan, cuando las contemplamos, cargadas de sentidos a descubrir.

El autor de este libro es de Miedes, en el confín de nuestra Castilla con el altiplano soriano. Y hombre dado a pasear el campo, a buscar huellas. Las encontró, y muy buenas, en un lugar al sur de su término municipal, muy próximas a la ermita de Santa María de la Puente, que comentaba yo en estas páginas hace tres semanas. En el entorno de esa ermita,alzada sobre la orilla izquierda del río Pajares, hay varias cuevas “trogloditas”, vestigios tallados en las rocas de habitaciones y santuarios. Pues lo que encuentra Ponce, -en primicia completa- es una amplia serie de dibujos tallados profundamente sobre la roca. Junto a estas líneas pueden verse algunos de esos gráficos, que muestran estilizadas figuras humanas, como en danza ritual y en homenaje al Sol. El estudio que hace de estos petroglifos es muy profundo e interesante. Pero en este libro aparecen otros “santuarios” de esta temática. Así la “Peña Escrita” de Canales de Molina, con sus figuras antropomorfas sobre la roca, enormes de tamaño, como pidiendo a los “seres astrales” que las visitan desde el alto que vengan a ellos, que vuelvan a darles luz y saberes. Aparecen allí semblantes humanos, carátulas idólicas, letroides, huellas de pies y manos... un espacio mágico, sin duda. Como lo es el cercano abrigo de Rillo de Gallo, donde varias rocas se muestran plenamente ocupadas de estos símbolos. El autor analiza, a propósito de estos lugares, la formas religiosas primitivas de nuestros ancestros celtíberos, pues es en su

territorio que todas estas muestras (y más que seguramente quedan aún por descubrir) aparecen ante los ojos sorprendidos de los viajeros que hasta allí lleguen.

Otro lugar complejo, hermoso, y cargado de historia y sus huellas son las “Cuevas del Moro” de Pastrana, donde además del propio conjunto cavernícola, hay muchos petroglifos con letras, con cruces, y hasta con rostros humanos... aunque quizás el que más profundamente a mí me ha sorprendido es el “campo astronómico” de Membrillera, en unas rocas próximas a la “Caseta de los Moros” de ese término, en la orilla izquierda del río Bornova. En ese lugar, y con muchas “cazoletas” talladas sobre las rocas, con amplias vistas sobre el valle, con horizontes que en las noches aún se dilatan, están tallados complejos signos que aluden a la posición de los astros y las estrellas...

Otros lugares son catalogados por Ponce y analizados a la luz de su valor semiótico ritual, hasta completar la quincena de yacimientos. Así los petroglifos de Romanillos y Casillas dan su imagen analizada, además de otros puntos aislados en Albalate de Zorita, la Fuensaviñán, Tordelrábano y algunos otros.

Las investigaciones de Óscar Ponce Jimeno abren y aclaran un poco más la imagen de Guadalajara y su tierra, dándole una nueva dimensión

Antonio Herrera Casado